

De un cuaderno de viaje:

GRANADA Y LOS GITANOS DEL MONTE

Muchas veces vengo hasta aquí y contemplo a la ciudad: a ese preciso lugar donde los tejados son de hojalata y de plástico, pobres las fachadas y con grandes desconchones pero muy hermosos. Sus ventanas, atrancadas por viejos maderos, contrastan con las antenas de televisión que pueblan sus tejados como si fueran gatos. Pero los gatos no están ahora, sólo aparecen de noche.

Me vengo hasta aquí, un día lluvioso como éste, y permanezco quieto frente a aquella casa del Albaycín rodeada por otras casas viejas y reformadas como la que ahora me da la espalda. Veo, todas las casitas juntas, en un mismo sitio se arropan y se sostienen.

Este emplazamiento geográfico de la ciudad, junto con el polvo de los edificios que se destruyen cuando los miras, cuando pasas junto a ellos y te detienes para mirarlos, es, un punto de referencia que me ofrece la posibilidad de aumentar el recuerdo de su memoria, perdida en el olvido del tiempo. Esta luz, tan transparente y tan difícil de hallar en otras ciudades del sur, que cobija insectos, pájaros y sueños, en cambio, otorga a cada estructura su color preciso, resucitando a sus habitantes, todos, de aquel olvido y de aquel tiempo, siempre el mismo, tan presente ahora entre aquellas callejas empedradas y estrechas que me condujeron hasta el preciso lugar que pisan mis pies.

Granada te lleva por la corriente de su único río, el más dorado y valioso de cuantos existen, porque sus aguas a pesar de que un día fuesen de oro, ahora, sólo ahora, son del Darro, y se siguen escuchando, las sigo sintiendo venir: tan frías, tan cristalinas, desde la Sierra. La historia de esta ciudad navega en ellas, igual que la erosión que producen y la maleza que arrastran; igual que todo eso que transportan, que mueven, que rozan las aguas.

Poco a poco se marcha la luz, se apaga la tarde, se encierra en su canto de brisa el aire juguetón de aquella plazoleta desde donde me llega el sonido de los niños que juegan a las batallas soñando al mismo tiempo con un alto el fuego. Los cipreses se contornean tan altos. La gente vocifera camino de sus casas. El perro de la esquina se tumba a reposar la merienda que le han dado. También escucho el sonido de una cuchara golpear el plato. Observo unos visillos que se enredan en el balcón de la casa de enfrente. Todo parece tranquilo. Hasta las campanas de San Pedro parecen querer aprovechar el peso de esta quietud un instante antes de que repiquen todas a la vez.

Lenguaje, siempre se llega al lenguaje de las cosas. Y así, súbitamente, algo y alguien te fuerzan a hablar.

Más allá, mucho más arriba, las cuevas del Monte parecen estar esperándonos. Allí fluye otra vida distinta. Allí toda la comunidad parece vivir en un sistema de jerarquías muy diferente. También en una especie de economía igualitaria transformada, mejor aún, contaminada por la civilización tecnológica actual. Ellos son uno de esos pueblos y culturas que se nutren de la tierra y de la tragedia, del dolor y de la alegría, del nacimiento y de la muerte, del arte y de la belleza, siempre de una dualidad; la misma que les trajo